



**Óscar  
Montoya**

Murciélagos  
blancos

AdN

Cuevas del Río  
18 y 19 de diciembre de 1987



I

Lucas / Gloria / María Celeste



# Lucas 1

---

Son dos cuevas excavadas al comienzo de la loma, si se viene por Pozo Águila. Son las diez, la loma está cubierta de nieve y la luna encala el rostro de mi prima Gloria y su amiga María Celeste. El ventanuco de la primera cueva, si se viene por Pozo Águila, está encendido porque la familia de Gloria, mi familia, está reunida alrededor del brasero en la primera sala de la vivienda. El ventanuco de la segunda cueva no está encendido porque la hermana de María Celeste comenzó a encontrarse mal por la mañana y hubo que ingresarla en el hospital de Bénar. Gloria y yo hemos decidido pasar la noche con María Celeste en su *casa*. Mi prima y su amiga tienen dieciséis, yo acabo de cumplirlos. Ellas son del pueblo, yo he llegado esta mañana para pasar las fiestas con la familia. Entramos entonces y nos metemos en la cama de la penúltima estancia de la gruta: María Celeste a mi izquierda, Gloria a mi derecha, y yo en el medio. Se creen mayores, me creen su niño; ni ellas me conceden ni yo me doy demasiada importancia. Apagamos la luz y la amiga de mi prima comienza a contarnos los sucesos extraños que han pasado, todavía suceden y seguirán ocurriendo en la iglesia derruida que hay en el centro de la loma, de la que apenas quedan cenizas. Yo me muero de miedo y espero a que se duerman para acariciar, al principio tímidamente, el bulto que ya había empezado a de-

formar mis calzoncillos antes de apagar la luz. No existe oscuridad más pura que la del interior de una cueva, quien haya dormido en una lo sabe. Abrir y cerrar los ojos no tiene sentido. El problema es el ruido, la respiración, por eso aguardo a que se duerman para pensar en ellas y fantasear con la posibilidad de posar una mano sobre la gruesa manta que cubre el culo de María Celeste, o incluso en introducir la mano por debajo de la manta, algo a lo que por supuesto no me atreveré. Fuera, lejos de esta cavidad, la nieve sigue cayendo sobre las dos viviendas, por encima de la loma y las ruinas de la vieja iglesia. María Celeste se gira y coloca su boca muy cerca de la mía, la misma boca que hace unos minutos habló del ahorcado y de lo que hizo antes de colgarse; su boca, que a su vez es otra cueva. Y yo me vuelvo hacia ella y calculo el corto espacio que nos separa para respirarla y adivinar su sabor. En cuanto a mi prima, creo que sigue ahí cuando en realidad ya se ha levantado, ha rodeado el pie de la cama y se ha vuelto a meter en ella por el lado que ocupa su amiga. A continuación, María Celeste me empuja suavemente con su brazo izquierdo hasta arrebatarme el centro político del somier, abocándome al radicalismo. Ya no recuperaré el deseo ni siquiera cuando mi oído de gato adivine lo que está sucediendo a pocos centímetros de mí. Capto jadeos y susurros de bajísima frecuencia, alegrías que están fuera de mi alcance. Recuerdo, para abstraerme, el nombre de Juan José Hortal, el ahorcado que dicen se aparece en las noches de luna y nieve. Me acuerdo, para evadirme, de los desfiladeros que separan el altiplano del mundo y del miedo que paso todos los años la víspera del viaje. Aunque este año no fueron las alturas las que me pusieron los pelos de punta (a mí y a mis padres, y al resto de los conductores atrapados), sino un tipo que detuvo su vehículo en medio de la carretera y sacó una escopeta del maletero. Pienso en todo ello mientras las voces de bajísima fre-

cuencia se apagan, satisfechas, y yo me levanto con los ojos inútiles y busco a tientas el cuarto de baño para terminar por amor propio lo comenzado a ejecutar antes. Entro entonces en la verdadera cueva. Descorro la cortina equivocada y me adentro en un espacio más frío. Voy hacia atrás, en lugar de hacia adelante; a lo que salga, en lugar de a ciegas. Camino despacio tentando la pared y las piedras como cabezas rapadas que sobresalen. Busco interruptores de luz. Piso papeles y cables. Me tropiezo una y otra vez con sacos que supongo llenos de almendras o cereales y palpo la cornamenta y la cabeza de un presunto ciervo. Recuerdo que el dueño de este agujero es cazador, para tratar de tranquilizarme. Recuerdo que al fondo de la gruta está la vieja cuadra y que ya he debido de pasarla. Quiero llamar a Gloria y a María Celeste, pero me callo por vergüenza. Pienso en la iglesia en ruinas y me pregunto si acaso no me habré internado lo suficiente en la loma como para pasar por debajo de lo que fue el altar. Resbalo y me incorporo jadeando. Supero la vergüenza, grito dos veces y el eco se lo come la colina. Descubro la forma de algo parecido a un pozo, arrojo un saco dentro, cuento los segundos y no oigo el golpe. Llamo en vano a mis padres y a mis tíos, que duermen en la perforación contigua. Siento que alguien o algo camina a mis espaldas, se detiene cuando yo me detengo y reanuda la marcha justo cuando la reanudo. Pienso en Juan José Hortal, el fantasma ahorcado de la historia de la amiga de mi prima. Paso tanto miedo que me castañean los dientes. Me digo que las bocas que se adentran en las cuevas se convierten en cuevas, que las cuevas que tragan como bocas están todas locas. Me siento en alguna parte porque ya no me sostengo en pie. Confío en que las chicas informen de lo ocurrido y que, al amanecer, el único policía local del pueblo se atreva con esta noche.

# Gloria 1

---

Me despierto en plena madrugada y mi primo no está. Me refiero a que me despierto en mitad de la oscuridad; obviamente, no sé si ya ha amanecido. Me incorporo con cuidado de no molestar a María Celeste. Me cubro con una manta y me guío a ciegas hasta el exterior de la vivienda, que es idéntica a la mía. El suelo acumula varios centímetros de nieve. Es de noche, muy de noche todavía. Salgo a la plaza y me detengo frente a las dos cuevas, alzo la mirada y veo una luna muy amarilla sobre la loma; y sobre la colina, la iglesia; y sobre la iglesia, la luna. Pero eso ya lo he dicho y, por otra parte, me recuerda a Lorca o Alberti, no sé, a alguno de los dos; ya lo comprobaré en los libros cuando terminen las fiestas y regrese a Granada. La nieve cruje bajo mis pies, y los perros de exposición canina que viven en las casas de más abajo comienzan a ladrar y aullar, rabiosos por mi inoportuna presencia. Esos perros burgueses y sus amos también vivían, como mi familia, en hogares robados a la colina, agujeros abiertos antaño por los jornaleros de Jabalcón para guardar la aceituna y los aperos antes de regresar a casa, perforaciones cada vez más hondas que con el paso de los años fueron transformándose en auténticas viviendas. Cualquiera regresaba a Jabalcón en pleno invierno, después de haber trabajado como una mula todo el día. Mejor era quedarse, cenar y charlar al-

rededor del brasero y despertarse no tan temprano para reanudar el trabajo al día siguiente. Así pues, fueron los jornaleros de Jabalcón quienes fundaron esta colonia y la llamaron Cuevas del Río, que más tarde se volvió pueblo y se labró su independencia. Luego, las que se independizaron fueron las gentes que ya no quisieron vivir como los forasteros decían que vivíamos, como trogloditas, y sí en casas y pisos pegados unos a otros y mejor equipados, aunque todavía quedamos algunos que cuidamos los refugios de los fundadores. Pero yo no veo a mi primo y la nieve me quema los pies. Asumo que nos ha oído, ha pensado lo que no era y se ha ido a dormir a la otra cueva, de la cual tiene llave. El pobre no captó las indirectas que María Celeste le lanzó para que no nos acompañara. Yo no me atreví a decirle nada porque tampoco sabía si me quería quedar a solas con mi amiga. Así que se vino con nosotras y se colocó en el centro como cuando éramos niños y dormíamos los tres juntos en la cama de mis padres. Tuvo que oír algo y malinterpretarlo; ya hablaré con él mañana, ya se lo negaré todo mañana, ya se lo negaré todo para que no se vaya de la lengua mañana. En los pueblos y en 1987 hay que andarse con ojo, las malas lenguas abundan, la panadera te puede arruinar la vida si así lo quiere la mujer del alcalde, la mujer del alcalde si así lo quiere el de la cooperativa, el presidente de la cooperativa si así lo quiere el dueño del único hostel, y así hasta formar un círculo perfecto de rumores del que no se puede salir, salvo que te vayas a estudiar a Granada. Mi primo tiene que aprender que las cosas cambian, que no puede venir de su ciudad y esperar que aquí, por mucho pueblo que sea, todo siga igual. María Celeste le contó la historia de Juan José Hortal para asustarlo, para que no se le ocurriese pasar otra noche con nosotras. No lo trató demasiado bien. Su hermana padece algo del espíritu y sus padres han tenido que acompañarla otra vez a Bénar. Se pasan

más tiempo en Bénar que en Cuevas del Río, más que en ninguna otra parte. Simplemente, mi amiga no estaba de humor, es comprensible. Mañana será otro día. Los perros ladran cada vez con más fuerza. Aúlla como nunca el pastor alemán del único policía local del pueblo. Regreso adentro y atravieso por este orden la sala del brasero, un cuarto de baño a mi izquierda, la cocina a continuación, un salón y tres dormitorios sucesivos (el último es en el que dormimos esta noche). No me hace falta luz para hacer todo eso, ni se me ocurre encenderla. Las trogloditas nos sentimos como en «cueva» en las cuevas ajenas (acabo de hacer un juego de palabras). Toco el pie de la cama y entro en ella por el lado que ocupaba mi primo. Me acurruco y abrazo la hirsuta espalda de María Celeste. Sí, eso he dicho. Los adjetivos tienen un periodo de incubación de tres o cuatro segundos, y tardo todo ese tiempo en padecer los síntomas del adjetivo «hirsuta», que son miedo, perplejidad y náusea, o sea, los mismos que peluda. María Celeste respira con dificultad, como alguien que se acaba de dar un atracón o como quien está a punto de morir. De un manotazo se desentiende de mi abrazo, se gira torpemente y se coloca con gran esfuerzo encima de mí. Me tapa la boca con una de sus zarpas. Intenta con la otra bajarme el pantalón del pijama, sin éxito (aunque más que en mi sexo, mi amiga parece más interesada en mis manos, que escondo). No sé en qué se ha convertido María Celeste, pero me parece una criatura lenta, grande y no demasiado hábil. Con una voz difícil de explicar, me ordena que le pregunte por sus ojos, como hizo Caperucita junto a la cama de su masticada abuela. «Pero qué ojos más grandes tienes», le digo sin aliento, a punto de desmayarme. «Son para verte mejor», exclama teatralmente, y se echa a reír a carcajadas antes de que se la traque la cueva.

# María Celeste 1

---

Me despierto creyendo haber oído al primo de Gloria llamando a su madre, supongo que lo habré soñado. Pero toco a mi izquierda y Lucas no está, tiento a mi derecha y mi amiga se ha ido. He debido de soñarlo, sueño muchas cosas últimamente y no todas son buenas. Ambos lados de la cama aún están calientes, si se han largado juntos ha debido de ser hace muy poco. Puede que no hayan soportado esta oscuridad y se hayan ido a dormir a la cueva de su familia, aunque Gloria debería estar acostumbrada y, además, no parecía importarle hacer un rato, cuando se vino a este lado de la cama. Igual me he pasado de la raya con la historia de la iglesia y la tragedia de Juan José Hortal; lo cierto es que son dos cuentos diferentes en el tiempo y el espacio que he unido adrede, como hacen los escritores. Puede ser que el zagal no haya podido conciliar el sueño y se haya ido poco a poco atormentando, ahogándose en su propio miedo, que es lo que les sucede a los catalanes que hacen noche dentro de la colina y no son capaces de cerrar los ojos. Los catalanes suben todos los años al pueblo de sus orígenes, normalmente en verano, para celebrar la Asunción de la Virgen, aunque algunos también lo hacen por Navidad. Los catalanes son los que en su día se marcharon del pueblo para conducir taxis en Barcelona y Madrid o llenar las fábricas de Elche u Hospitalet. Es decir,

que llamamos catalanes a todos, aunque emigraran a Alemania, solo porque los primeros en largarse lo hicieron a Cataluña. Lucas es hijo de uno de esos emigrantes y no creo que pase demasiado miedo por dormir aquí, lo lleva haciendo desde niño, aunque también es verdad que en el mar nadie, ni el más experimentado capitán, está libre de marearse. Aquí la oscuridad es tan absoluta que es como un océano, y la cama es un barco sobre ese océano y las historias de terror son la tempestad. Seguramente lo que ha sucedido es que el pobre nos ha oído a Gloria y a mí, ha creído lo que no era y se ha ido a la otra vivienda. Supongo que le habrá pedido a su prima que lo acompañe, el muy cagón. No debería haber venido con nosotras, no lo pilló cuando le dije que la cama grande que conocía ya no existía, que la nueva era muy pequeña. No lo pilló porque para él es una tradición o algo así dormir con nosotras cada vez que visita el pueblo, y mucho más ahora, que debe de andar pajeándose por las esquinas, aunque aquí en la cueva hay pocas. Pobre paleta de ciudad. Se creará que no he notado su mano sobre los dos kilos de mantas que cubrían mi trasero. Se creará que no he sentido la punta de sus dedos debajo de las mantas y cómo los retiraba a un simple parpadeo mío. Juan José Hortal. Cómo se revolvía el primo de Gloria bajo las sábanas cuando contaba que en noches como esta, de luna y nieve, al antiguo alcalde republicano se lo veía merodear por la loma y por la iglesia. Es verdad que al hombre lo colgaron los nacionales en cuanto se opuso a ellos. También es cierto que la gente estaba harta de que las cuadrillas de comunistas y otros muertos de hambre se presentasen de repente en el pueblo y se llevasen el aceite, el vino y los jamones. Lo que no es verdad, como algunos creen, es que la iglesia hubiese sucumbido bajo las bombas de un avión alemán, porque, por aquí, aviones nazis pasaron pocos. Esa iglesia ya estaba hecha trizas desde el siglo XIX, por lo menos,

y el ahorcamiento verídico de Juan José Hortal se superpuso a la leyenda de un ajusticiamiento anterior, el de una mujer a la que llamaban de manera irónica la Pelona, una señora que ni labraba ni recogía la aceituna ni hacía nada de eso porque era bruja, y las brujas de los cuentos no suelen varear. Nadie sabe si lo de la Pelona fue verdad o no, pero la gente decía que quien merodeaba por la colina antes de 1936 era ella, y no el alcalde rojo. Sobre ella se cuenta lo típico: que se comía a los niños, que tan pronto te curaba el asma o el reuma como te sacaba los ojos y que invocaba al demonio. También se cuenta que tenía hirsutismo (de ahí lo de Pelona, hay que tener mala follá para llamarla así) y que vivía en un cortijo a medio camino entre el pueblo y Pozo Águila, uno de esos cortijos que el Gobierno ha expropiado para construir el embalse destinado a saciar la sed de media Andalucía. El pueblo, por cierto, está que trina con lo de la expropiación. Muchos tenían tierras donde ahora va a haber agua dulce, y otros vivían directamente allí. Mis padres, sin ir más lejos, contaban con un montón de olivos saliendo de la vega que van a quedar sepultados por las aguas. Pero ni Gloria ni Lucas regresan, y yo me incorporo y voy afuera con la agilidad de una cabra montesa. Llego a la salita del brasero, que es la primera. Por el ventanuco veo a Gloria cubierta con una manta, caminando descalza sobre la nieve, iluminada por la luna, aunque yo esa luna no la veo porque está justo detrás de mí, en lo alto de la loma. Ladran los perros de peluquería y aúlla como nunca el pastor alemán del policía local. Todos viven más abajo. Nosotras somos las últimas de las cuevas. Qué hará Gloria ahí, caminando sobre lo frío. Comprendo que a veces la he puesto en aprietos, esta noche sin ir más lejos hemos estado muy apretadas. A ella le gustan los chicos, dice, no para de repetírmelo. No se da cuenta de que al principio del mundo solo estábamos nosotras, que ellos llegaron

con el meteorito y se trajeron la violencia. No, no lo entiende. Pero esta noche ha sido ella quien me ha buscado, y eso para mí ya es un avance. Me tiraría a su pequeño y salido primo para mostrarle lo mal que lo hacen los hombres, lo poco que aguantan. Así que ya la voy a avisar para que deje de tiritar sobre la nieve y se vuelva a la cama conmigo, cuando vuelvo a oír a Lucas muy lejos en la cueva, llamando a su madre. Tan normal me parece moverme a ciegas que ni contemplo la posibilidad de encender la luz. Atravieso el cuarto de baño, la cocina, una despensa, una salita y tres dormitorios hasta llegar a la cavidad de la vieja cuadra, separada del último cuarto por una cortina de tubos. Aquí es cuando pulso el interruptor y descubro a Lucas mirando hacia ninguna parte, de pie y con los brazos extendidos. La Pelona peluda le está comiendo los dedos de la mano izquierda, y Juan José Hortal, el alcalde republicano, los de la derecha. Al niño le sangran las dos manos, y yo me río, porque se dice que apuntaba para novelista. En realidad, Gloria y yo también queremos ser escritoras, algún día. Pero si hay algo que no soportan las criaturas que se refugian dentro de la muñeca rusa de mi cueva, es que alguien las mire o escriba sobre ellas. Por eso, cuando acaban con las manos del zagal, el alcalde rojo y la Pelona vienen a por las mías.

FIN

## Lucas 2

---

Ahora a ver quién se levanta a orinar o a ir a por agua a la cocina, ni aun encendiendo la luz. María Celeste termina el relato que yo comencé y luego siguió mi prima y nos quedamos los tres en silencio, pensando en la Pelona peluda y el alcalde rojo, criaturas que no pertenecen al imaginario del pueblo, sino que han surgido sobre la marcha, nos las hemos inventado nosotros. Siempre que dormimos juntos en la cueva hacemos lo mismo. Uno comienza una historia, otra la desarrolla, y la última o el último, si me toca a mí, la remata. Pero hay cosas que son ciertas en todo lo que hemos contado. Es verdad que nos conocemos desde niños y que llevamos haciendo esto muchos años (todos los que subo al pueblo). Es cierto que nos encanta estar juntos y que, cuando nos reunimos, nos agarramos a la infancia como si fuera la rama de un árbol que se resiste a ser arrastrado por la riada. Es verdad que mis padres y mis tíos están durmiendo ahora mismo en la otra cueva. Es cierto que me gusta María Celeste y que cada vez lo paso peor durmiendo con ella. Es verdad que a veces introduzco la mano bajo la manta, aprovechando que está dormida o que se lo hace, pero nunca oso tocarla. Es cierto que Gloria es precoz en curvas y es difícil no pensar en el incesto, aunque no estoy seguro de si el incesto alcanza hasta el cuarto grado de consanguinidad, que según mi padre

es el que tenemos los primos. Es verdad que seguimos jugando a las peleas, como cuando éramos críos, y que nadie tiene claro qué mano ha aferrado el culo de quién, aunque por lo general sé que es mi mano. Es cierto que a María Celeste le gustan por igual los hombres y las mujeres, aunque eso en el pueblo no se puede saber. Es verdad que fantasea con seducir algún día a Gloria. Es cierto que esta noche es la última que duermo con ellas, porque así no se puede seguir, ya no somos unos chiquillos, la inflamación de ahí abajo es insoportable. Solo hay una manera de atajarla, pero cualquiera se va al baño ahora, con la Pelona que se come las manos de los futuros escritores merodeando por la antigua cuadra (me impone más que el alcalde rojo). Decía que a María Celeste le gustan los cuerpos, y eso es tabú. Yo no sabía que había gente a la que le gustaban todos los cuerpos. La cristiandad y la costumbre nos aconsejan querer a todas las almas, pero a los cuerpos ni hablar. Tampoco sé exactamente cuándo se apartó del rebaño, o si ya venía así de serie. Yo la amo, eso es lo que importa. Somos el punto y la i, yo largo como una caña y más bien moreno; ella distante, pequeña y rubia como el sol del mediodía. Sus padres se han volcado con su hermana, la hija mayor, la hija enferma. Se pasa muchos días sola en la cueva, mientras ellos acompañan a su hermana en el hospital. Buena gente, sus padres. Mala suerte también. Vendieron por cuatro perras unas tierras que tenían cerca de Cortijo Duro y a los cuatro años el Gobierno las expropió y le abonó el triple al comprador. Entre lo de la hija enferma y las tierras medio regaladas, los padres de María Celeste no levantan cabeza. No sé cómo será el futuro, no sé qué me deparará, pero estoy cada vez más convencido de que todo es cuestión de suerte, de que el esfuerzo y la previsión no son para nada determinantes. La vida te da malas cartas y es lo que hay, ya puedes estudiar tres carreras o meterte en el Opus para prosperar. Ya

puedes escribir el mejor libro de tu vida, que, como los astros no se alineen, la llevas clara. Cómo iban a saber los padres de María Celeste que aquí, en este altiplano apartado y árido, surcado de olivos y algún que otro almendro, el Gobierno pensaba construir una presa y un embalse. En fin. Pienso en ello mientras no me alcanza el sueño. El centro de la cama lo ocupa Gloria. No se fía de que María Celeste y yo durmamos pegados. A saber qué cosas harán cuando yo me duerma. En lo oscuro siento su respiración y sé que están tan vivas como yo, con los ojos insomnes bien abiertos. Ya no somos niños. Me duelen mucho los testículos. En cuanto las venza el sueño iré a liberarme al baño. Si me encuentro a la Pelona peluda, igual hasta me la tiro. Los relatos de terror que encadenábamos de pequeños eran todos inocentes, llenos de hombres lobo, sábanas blancas, vampiros y finales donde siempre se salvaba al menos uno. Ahora nuestras ficciones sangran como ya hace mucho lo hacen María Celeste y mi prima. Se están transformando, como nosotros. Es increíble la ceguera de mis padres y mis tíos, que nos permiten seguir acostándonos juntos como si el tiempo se hubiera detenido para ellos. Tienen otras cosas en la cabeza. Preocupaciones, política, dinero, otros miedos. Los dejamos hace dos horas en su cueva, reunidos alrededor de la lumbre, bebiendo y hablando acaloradamente sobre lo sucedido esta mañana en la carretera, a la salida de Fraile. El loco aquel que frenó en seco y provocó un atasco del demonio. El zumbado que se apeó de su vehículo y sacó una escopeta del maletero cuando uno de los conductores lo reprendió. De eso hablaba mi familia cuando mi prima y yo les dijimos que nos íbamos a pasar la noche a la cueva de María Celeste. Del hombre de la escopeta.

